

CULTURA Y GEOGRAFÍA: UN ENSAYO REFLEXIVO

Philip L. Wagner

Simon Fraser University, Burnaby, B.C., Canadá V5A1S6

RESUMEN

La geografía cultural, es decir, la aplicación de la idea de cultura a los problemas geográficos, surgió a partir de un interés extendido y antiguo por la diversidad de los paisajes y las gentes del mundo. Trata de fenómenos como los paisajes, las regiones, el uso de la tierra, la migración y la difusión. Las versiones tradicional y «nueva» del tema varían un poco.

Palabras clave: Cultura, geografía, paisaje.

ABSTRACT

Cultural geography, the application of the idea of culture to geographic problems, emerged out of a widespread and ancient interest in the diversity among the world's landscapes and peoples. It deals with such phenomena as landscapes, regions, land use, migration and diffusion. Traditional and «new» versions of the subject differ somewhat.

Key words: Culture, Geography, Landscape.

Hace ya mucho tiempo que existe una definición de la geografía cultural como la aplicación de la idea de cultura a los problemas geográficos, pero también se podría entender como la aplicación de ideas geográficas a problemas culturales.

Pudiera parecer que estas dos proposiciones sencillas prometen un razonamiento claro y una práctica efectiva pero, en realidad, plantean interrogantes tan grandes como los que supuestamente deberían responder. El pensador crítico y el agente práctico deben tener en cuenta simplemente, por ejemplo, qué significa la idea de cultura en la práctica; qué consti-

Fecha de recepción: enero de 2003.

Fecha de admisión: marzo de 2003.

tuye un problema geográfico, cómo se podría aplicar la idea de cultura a un problema geográfico una vez que se conciba, qué constituye un problema cultural y cómo uno puede aplicar ideas geográficas a la solución de problemas culturales.

La respuesta académica a preguntas tan importantes como éstas y también a las de menos importancia que se derivan de estas últimas, se presenta inevitablemente como controvertida, generadora de problemas y contingente. El análisis puramente lógico no logra resolver las diferencias que puedan surgir, y tampoco consigue establecer la legitimidad exclusiva de un punto de vista dado. Quizás la fecundidad relativa de la investigación geográfica cultural real así como su validez académica y la relevancia que tiene para las preocupaciones de la humanidad, dependan de esa ambigüedad conceptual y de esa franqueza, por muy desordenadas y frustrantes que puedan parecer.

LA VARIEDAD GEOGRÁFICA

Por suerte, más allá de todo el debate y desacuerdo creado alrededor de las definiciones y justificaciones básicas, un recurso tan sencillo y común como es la recopilación histórica de la investigación geográfica —e incluso sus antecedentes clásicos y sus equivalentes en las distintas civilizaciones— presenta una apreciación sólida, sustancial y válida de los fundamentos conceptuales y de las suposiciones implícitas en cualquier tradición de geografía cultural de cualquier período.

Mucho antes de que alguien formulase una noción tan precaria como la de cultura o incluso antes de que se concibiese una investigación geográfica sistemática, pensadores como Herótodo habían abordado el apremiante tema intelectual de la variedad geográfica y, en concreto, la diversidad obvia de los pueblos, sus prácticas y sus instituciones, así como la diversidad de los paisajes que habitaban, explotaban y modificaban.

En Europa, a lo largo de los siglos —comenzando en la antigüedad clásica y aumentando de manera significativa a partir del establecimiento de contactos entre los antiguos centros de civilización y las regiones más remotas como son las Américas y el Pacífico— se incrementó, sin ninguna duda, el conocimiento de lugares y gentes distantes. Este mismo proceso tuvo lugar en otras partes del mundo pero, por desgracia, se trata de casos que están menos documentados. Esta información geográfica, que aumentaba rápidamente, poseía una obvia utilidad estratégica y comercial para cualquier nación y presentaba a la vez graves retos intelectuales e incluso ideológicos para los dirigentes y pensadores de esas naciones.

Lo que plausiblemente hoy figuraría como geografía cultural se convirtió en una preocupación urgente tanto para los encargados de hacer política como para académicos y no sólo en el caso de Europa sino también en el mundo árabe y en China, por ejemplo, y sin lugar a dudas (por desgracia sin haber dejado ningún tipo de documentación) en civilizaciones tales como la Maya, la Azteca y la Inca. Como consecuencia, la ambiciosa cartografía evolucionó de manera inveterada de modos diversos, no sólo entre los europeos y no sólo en épocas recientes para facilitar la navegación, el comercio y el gobierno, sino también para consolidar y sistematizar la riqueza de un conocimiento detallado adquirido gracias a la exploración y al intercambio de información resultante de episodios tales como la expansión comercial griega, las conquistas de Alejandro, la consolidación de la hegemonía Han en

China, el florecimiento del califato musulmán, las Cruzadas, y es de suponer que también, por ejemplo, gracias a la expansión del comercio y del dominio político-militar azteca en México y América Central.

INTERPRETACIÓN

Sin embargo, la creciente información geográfica adquirida en estos campos no requería tan sólo crónicas y representaciones cartográficas, sino que exigía urgentemente interpretación y dilucidación intelectual. Esto planteó retos intelectuales de capital importancia y a veces llegó incluso a invalidar formas de pensamiento comúnmente aceptadas. Las noticias de la existencia de un mundo más extenso exigían con insistencia nuevas concepciones del orden cósmico de las cosas naturales y sobrenaturales, de la tierra física y de sus variadas formas de vida, de la diversidad humana y, por supuesto, de la naturaleza humana, de la asumida racionalidad de la costumbre y de las interrelaciones ocultas entre todas estas realidades.

Los razonamientos que reflejaban la conciencia ampliada que se tenía sobre esos temas demandaba principios fiables de causalidad y orden. Indudablemente algo similar tuvo lugar, o al menos en esencia, en todos aquellos lugares en los que la gente se dio cuenta de la existencia de entornos y de pueblos distantes y diferentes a ellos. La inmensa variedad observable entre paisajes, entre las formas de vida que hay en ellos, entre los pueblos residentes ha sido causa sistemática de especulación que abarca desde la especulación teológica y metafísica hasta la puramente física. Filósofos, o sus equivalentes, intentaron obstinadamente relacionar la diversidad de fisonomías humanas y de comportamientos habituales con la influencia del entorno físico (¡y muchos todavía lo continúan haciendo hoy en día!). Algunos atribuían injustamente la divergencia en las costumbres y habilidades supuestamente innatas a factores raciales y a menudo presentaban estas disparidades como si viniesen ordenadas de manera divina. Sin embargo, otros pensadores posteriores, en su mayor parte occidentales, han ofrecido interpretaciones racionalistas o materialistas en las que los determinantes económicos y tecnológicos presidían la diversificación de los grupos humanos y de manera creciente los paisajes asociados a ellos.

En las civilizaciones clásica, europea occidental y norteamericana imperaron durante mucho tiempo los temas de desigualdad racial, el determinismo ambiental y, por supuesto, una especie de predestinación divina. Aparte de estas doctrinas, quizás hoy ya en su mayor parte desbancadas, la doctrina «eurocéntrica» que atribuye una superioridad inherente o al menos un dominio práctico al modo de vida europeo o a cualquier modo de vida con él relacionado, está todavía en boga. Su fundamento un tanto dudoso se basa en la ventaja militar, tecnológica y económica de las que gozaron los europeos en un momento histórico concreto, pero ha tendido a inspirar una visión del mundo correspondiente, según la cual, en el análisis final, un cálculo económico racional y egoísta empleado por los individuos gobierna y genera las diversas acciones y reacciones de los pueblos, determinando sus características e incluso las de sus entornos. Por tanto, y de acuerdo con esta perspectiva, el desarrollo gradual del gran panorama de lugares y de gentes que se ha puesto de manifiesto en la tierra tiene que atestiguar el poder tenaz así como el progreso de la razón práctica e individualista.

CULTURA

Una vez los geógrafos y otros eruditos han renunciado a sus presuposiciones racialistas o ambientalistas ya están en posición de aceptar esta nueva y convincente concepción de la motivación y acción humanas. La historia de la humanidad así como el orden emergente de los entornos sobre los que ejerció su influencia podría aparentemente dar testimonio del lento avance hacia el triunfo de la razón que marcó época.

Esta concepción esencialmente humanista tiene un atractivo intrínseco para casi todo aquel que se enfrenta a los peligros, dudas y dilemas de la existencia terrestre. Sin embargo, parece ser contrario a las intuiciones más comunes sobre el comportamiento humano. La gente no parece actuar de acuerdo con la cruda y obvia razón y mucho menos de acuerdo con un cálculo o una sabiduría inteligente y objetiva. La costumbre y el hábito, la conformidad y la imitación, el prejuicio y la superstición parecen influir sobre la motivación. En otras palabras, uno debe considerar cualquier racionalidad de la que hacen gala los individuos como enmarcada en realidades colectivas concretas, en situaciones sociales y dentro de un contexto histórico. La motivación que hay detrás de cada acción evidentemente supone una amplia gama de factores en cualquier momento, de los cuales pocos se podrían reducir a sencillas formulaciones mecánicas. Ahí es donde subyace el argumento de peso para un concepto de cultura si no incluso una explicación más que suficiente del propio concepto.

Puede que geógrafos y otros académicos no se pongan de acuerdo entre ellos sobre cómo describir o definir la cultura, pero el presente debate puede hacer caso omiso de las sutilezas filosóficas que implica la definición del término. Bastará con concebir la cultura como el sistema de criterios consensuados que cualquier comunidad humana tiene para una conducta correcta y eficaz, específica para un lugar y un tiempo, para una situación social o una identidad personal. Una población dada hereda de sus predecesores o recibe de sus vecinos algunos de estos criterios y a lo largo del tiempo inventa otros más o menos de manera espontánea, abandona algunos y modifica otros. Una cultura se expresa de manera concreta en rituales, artefactos, discursos y también paisajes distintivos. Necesariamente la cultura, en su condición de reglas para una correcta acción, constituye el marco para la motivación y decisión personal.

Seguramente ya haya existido desde hace tiempo un conocimiento considerable de las condiciones anteriores a esa motivación y comportamiento y quizás haya permitido éste además comprender mejor la cuestión de la diversidad humana, siendo ésta la piedra angular del pensamiento de Heródoto. Pero también se puede atribuir la génesis real de una geografía académica que concede gran importancia al papel de la cultura a una pareja de académicos alemanes del siglo XIX: Eduard Hahn, un economista y Friedrich Ratzel ante todo un etnólogo. Hahn desarrolló una crítica incisiva de las supuestas bases económicas de acción racionales y insistió en que las intenciones religiosas e ideológicas y otras influencias sociales con base histórica desempeñan un papel importante en lo que de otro modo parecía prácticamente un asunto de vida en grupo. Ratzel, por su parte, rastreó el origen de la expansión de las ideas tecnológicas y de otras ideas desde un punto de vista geográfico, haciendo especial hincapié en la propagación espacial contagiosa o en la difusión de patrones de comportamiento y sus productos. Asimismo Ratzel también hizo comentarios sobre ciertas ventajas espaciales o

impedimentos para la difusión y el desarrollo de modo que su posición recibió críticas por representar —aparentemente— un determinismo ambiental.

Los trabajos de Hahn y Ratzel sirvieron de inspiración a las siguientes generaciones de académicos para buscar la señalada riqueza del contexto social e histórico que había debajo de los evidentes procesos de diferenciación entre las poblaciones humanas y sus paisajes, y también los llevaron a investigar los patrones espaciales resultantes. Sin embargo, ninguna de estas dos figuras fundadoras ni tampoco ninguno de los que los sucedieron tuvieron éxito al intentar explicar del todo la idea que estaba presente en toda su obra, para ser más exactos, el concepto cultural. Quizás convenga recordar que ese concepto continúa siendo aún hoy en día inquietantemente vago y cualquier discusión sobre este tema suele provocar vehementes desacuerdos. Todo esto resulta muy útil como guía para la investigación pero sólo cuando se trata con cautela puesto que los intentos para generalizar desde principios supuestamente abstractos rara vez contribuyen a una mayor comprensión. Así pues y, por desgracia, suposiciones fáciles sobre la cultura corren el riesgo de tener el mismo destino que las igualmente cándidas suposiciones sobre o bien los controles ambientales o la racionalidad soberana que el propio concepto de cultura se propone rebatir. Aunque el énfasis en la cultura refleja un rechazo obstinado de la tesis, en su día popular, de la causalidad ambiental directa o el control de la acción humana, de ningún modo justifica ni autoriza la indiferencia ante el entorno. El uso humano de la tierra implica interferencia, utilización o explotación y desarrollo. Los geógrafos, tanto culturales como físicos, deben reconocer «el papel del hombre en el cambio de la fisonomía de la tierra» un poderoso elemento en los procesos de cambio geográfico.

TRADICIONES ACADÉMICAS

El Departamento de Geografía de la Universidad de California bajo la dirección de Carl O. Sauer se erigió durante mucho tiempo en el campo de la geografía cultural en Norteamérica como el principal exponente de esa preocupación. La llamada «Escuela de Berkeley» hizo uso de las ideas alemanas pero también de las ideas de la geografía francesa del período de entreguerras. Los conceptos de Paul Vidal de la Blanche de *genre de vie* y de *pays* se unieron a los de la tradición del *Landschaft* con cierta orientación regional y a las ideas de Eduard Hahn, Friedrich Ratzel y a las de otras de las figuras fundadoras.

Sin embargo, en las universidades norteamericanas floreció más de una versión de geografía «cultural» durante todo el siglo XX. Muchos geógrafos utilizaron el nombre simplemente para designar todos aquellos trabajos que tuviesen algo que ver con actividades y distribuciones humanas y sus consecuencias ambientales, sin importar si se interpretaban en términos económicos, como reconstrucciones históricas o de cualquier otro modo así como aquellos trabajos también en los que el concepto cultural apenas entraba en juego. La geografía británica también se quedó atrás hasta que recientemente, y con gran influencia posterior, surgió la geografía cultural en Gran Bretaña bajo el nombre de la llamada «nueva» geografía cultural, algo totalmente ajeno en esencia a la Escuela de Berkeley. La mayor parte de las geografías tradicionales en el extranjero —la francesa, alemana, suiza, sueca, italiana y japonesa, por ejemplo— se desarrollaron de manera similar a la de la tradición cultural norteamericana, pero sin embargo, hasta hace poco no había surgido ninguna orientación *explí-*

citamente cultural puesto que lo que también es cierto es que debates sobre el concepto de «cultura» como tal tampoco tuvieron lugar.

PROBLEMAS GEOGRÁFICOS

Cabría esperar que la discusión precedente podría haber arrojado luz sobre la noción un tanto evasiva de cultura, así pues uno podría incluso considerar que si bien no ha surgido una definición precisa al menos sí habría surgido alguna intuición sobre el concepto de cultura. Una lectura de las obras importantes de los geógrafos culturales prestando especial atención a cómo utilizaron o aplicaron el concepto ofrece sin lugar a dudas la comprensión más clara de las posibilidades que ofrece el concepto.

Ahora pues podemos centrarnos en el segundo gran tema de este ensayo: todo aquello que constituye un problema geográfico. El resumen que he hecho aquí —quizás un tanto apresurado— y que describe el crecimiento milenario de la información geográfica y de sus interpretaciones proporciona un indicio de aquello que en el pasado se consideraban como problemas geográficos válidos. Claramente los geógrafos se preocupan, entre otros temas, por los procesos de distribución de las poblaciones humanas, sus hábitos y trabajo, sus historias y las localizaciones resultantes, el uso de la tierra —las tecnologías aplicadas y los modelos creados para obtener beneficio y la utilización de los hábitat; las marcas distintivas de los paisajes así creados, sus historias y dinámicas; la importancia cultural y la función de espacios concretos; las estructuras espaciales de relación e interacción entre los miembros de grupos sociales y de ahí todas las implicaciones que todos estos asuntos tienen para el bienestar humano, tanto a nivel individual como colectivo.

La investigación en ciertas disciplinas de tronco común, como son la arqueología, la etnología, la sociología, la lingüística y la historia (y últimamente incluso la genética humana) han abordado alguno de los temas considerados tradicionalmente geográficos y en algunos casos se han asegurado el liderazgo en su estudio. A menudo, sin embargo, los geógrafos culturales colaboran con sus colegas en las citadas disciplinas en problemas de este tipo para beneficio mutuo.

TRADICIONAL VERSUS NUEVO

La anterior caracterización de los problemas geográficos, quizás un tanto breve, descuidó un aspecto muy significativo de ellos y ese aspecto en concreto ha tenido un papel muy decisivo en un aparente cisma en el marco de la geografía cultural, entre la geografía cultural tradicional y la supuesta «nueva» geografía cultural. Este asunto está relacionado, entre otras cosas, con la concentración de los geógrafos culturales en los paisajes y las poblaciones rurales, frecuentemente desde una perspectiva histórica, y su falta de atención intrínseca —incluso se podría decir desdeñ por— el actual mundo urbano e industrial. Puede que los críticos acusen justamente a los antiguos practicantes de la geografía de estoicismo y gusto por lo antiguo y que alguna gente incluso los haya tildado de románticos. Indudablemente la geografía cultural de antaño hacía caso omiso de las ciudades o la industria y su investigación sobre los países «desarrollados» a menudo se ocupaba de las regiones más arcaicas o de los elementos sociales más atrasados. Es de suponer que esta fascinación tan

peculiar por lo desconocido, por así decirlo podría tener su razón de ser en la búsqueda de una generalidad universal, panhumana y transtemporal. Pero muchos geógrafos mostraban menos interés en la contemplación de las verdades eternas en sí mismas del que mostraban hacia los urgentes problemas humanos contemporáneos, puesto que aspiraban a contribuir a la solución de los mismos. Este último tipo de académicos se unió para crear lo que ellos denominaron la «nueva» geografía cultural, que entendía los problemas geográficos de un diferente modo.

Los problemas geográficos continuaron abordando en parte los mismos asuntos que había enfatizado la anterior tradición, que eran básicamente, como ya se dijo más arriba, la distribución de las poblaciones humanas y su trabajo, los paisajes distintivos y los rasgos espaciales de las relaciones sociales. Conviene tener en cuenta, sin embargo, que las implicaciones que estos temas tienen para el bienestar humano pueden desempeñar un papel más importante en la «nueva» geografía cultural del que tenían en la anterior tradición. Aunque los métodos y las técnicas de investigación tradicionales continuaron siéndoles útiles y aún cuando los académicos continuaban siguiendo la anterior tradición, la finalidad que parecen perseguir las investigaciones de ambos grupos establecen un claro contraste entre sí en parte porque adoptaron de buena gana las herramientas de investigación desarrolladas recientemente. De ese modo los motivos tradicionales parecían elitistas, contemplativos, agotados cuando se los comparaba con los motivos prácticos y comprometidos (e incluso partidistas) de los «nuevos» geógrafos culturales. Todo el debate giraba alrededor del tema principal del verdadero significado, propósito y valor de la empresa científica y académica. También reflejaba una tensión en la ciencia social, generalmente en lo que se refiere a la elección entre un modelo de disciplina «rígido» buscando proposiciones o teorías generales abstractas que dependen demasiado de los métodos matemáticos y otro tipo «más suave», más humanista, más relacionado con necesidades políticas, económicas y sociales urgentes y concretas.

Las ciencias sociales han pasado en las últimas décadas por distintas tendencias. La cuantificación y la elaboración de modelos o patrones causaron durante algún tiempo auténtico furor, especialmente entre los jóvenes eruditos mientras que los mayores lo miraban como si de espectadores desconcertados e inseguros se tratase. Este entusiasmo por la denominada investigación «conductual» continuó durante bastante tiempo y le siguieron varios intentos de aplicar el marxismo de distintos modos. Cada una de esas fases ha dejado atrás en todas las ciencias sociales, incluida la geografía, su marca y cada una de ellas ha aportado seguramente algo de valor tras haberse depurado de los excesos de un entusiasmo inicial de tolerancia. Seguramente la «nueva» geografía cultural surgió de todas estas fases de cambio como una especie de híbrido de todas ellas.

Uno puede recordar bastante bien las nuevas y viejas versiones de la geografía cultural no sólo por su compatibilidad mutua sino también por apoyarse y enriquecerse mutuamente. No se ha producido ningún «cambio de paradigma» en el sentido genuino de Thomas Khun, puesto que los principios generales, el contenido basado en datos objetivos y la estructura lógica de la disciplina permanecen más o menos igual. La diferencia entre las dos versiones radica en los propósitos o finalidades que para los geógrafos culturales cumple su trabajo o en la importancia que éste tiene para la necesidad humana y por supuesto eso también tiene mucho que ver con el modo en que los respectivos grupos definen la necesidad humana.

NECESIDAD HUMANA

Comprensiblemente las influencias variables de los movimientos sociales contemporáneos han tenido un fuerte efecto en las direcciones que ha tomado la investigación de la geografía cultural. Así pues, incluso la «Escuela de Berkeley» no permaneció ajena a las preocupaciones públicas y a las cuestiones políticas de su tiempo. Pronto se adhirió al tema de la «conservación de los recursos,» siendo por tanto precursora de una inquietud geográfica aplicada que más tarde derivó en el llamado movimiento «ambiental o ecologista» un movimiento destacado en todas las variantes de la disciplina y que va incluso mucho más allá. Aunque muchos eruditos que trabajaban en la antigua tradición de Berkeley hacen especial hincapié en ese tema, a menudo parece estar ausente de la lista de intereses de los «nuevos» geógrafos culturales.

El trabajo de Berkeley ha mostrado constantemente una acusada sensibilidad por la situación desfavorable de los pueblos y las culturas denominadas rústicas o «indígenas» en las que se ha centrado normalmente pero el tratamiento explícito del racismo como tal hace poco que se convirtió en un tema del discurso académico. Sin embargo, el verdadero espíritu así como la sustancia del trabajo de la geografía cultural en esta tradición definitivamente proclamaba un respeto por y una defensa implícita de las sociedades e individuos (paisajes también) de los que trataba. Algunos de los recientes partidarios de esta tradición dentro del marco de la geografía cultural se hicieron famosos defensores, algunos incluso preparados para el conflicto o la controversia, de los pueblos con los que habían trabajado.

La tradicional «vieja escuela» o dicho de otro modo, la perspectiva de Berkeley prestaba mayor atención a los aspectos utilitarios o simplemente prácticos. Encarnaba un desafío (quizás romántico) para los valores, puntos de vista y prácticas que ya existían pero no con una intención explícitamente «emancipatoria». En cuanto a sector del conocimiento humano supuestamente debería ponernos al corriente de la cultura humana en general y actuar como una especie de espléndida guía de carácter general para la decisión práctica, aunque se imaginase ésa de un modo muy débil. Sin embargo, la atención que se le concedía a las sociedades rurales tradicionales y a menudo a los pueblos y lugares remotos impedía cualquier tipo de participación en la mayor parte de los asuntos públicos del momento.

La «nueva» geografía cultural, por el contrario, busca desempeñar un papel emancipatorio y aplicado. Si bien las bases teórica y metodológica de la disciplina no han experimentado un cambio muy acusado, los propósitos que inspiraron a sus partidarios sí que han sufrido una reevaluación radical. La «nueva» geografía cultural sí que aborda con vehemencia temas políticos y sociales de actualidad y, a diferencia de la tradición anterior, dedica una atención especial a temas como la segregación racial, el problema de la vivienda en las áreas urbanas, el colonialismo, el género, la clase social y la cultura popular. Investiga una geografía contemporánea y a menudo controvertida de lugares conocidos y tiende a interpretar la cultura como una serie de relaciones políticas o de poder. Con frecuencia rechaza los patrones de pensamiento «fundacionales» (generalizadores y globales) y da prioridad a la representación por encima de la realidad «objetiva».

INVESTIGACIÓN

Sin embargo, los geógrafos culturales, sea cual sea la escuela a la que pertenecen, trabajan de un modo similar y utilizan cualquiera de las metodologías y técnicas que están a su dis-

posición hoy en día. Llevan a cabo trabajos de campo y a menudo colaboran con académicos de otras disciplinas y observan, clasifican, enumeran, miden, comparan, calculan y trazan mapas del mismo modo que lo hacen otros geógrafos, pero además formulan preguntas y emplean categorías generadas por el propio concepto cultural.

Ciertos problemas de la geografía cultural merecen ser objeto de muchos más estudios de investigación en el futuro como por ejemplo la macroescala de la organización contemporánea del mundo y el fenómeno de la globalización. Esta orientación se deriva del continuo interés que la geografía cultural ha demostrado por la difusión de las innovaciones y por el progreso de la civilización en el mundo entero.

Y a la inversa, la macroescala de cada lugar concreto merece una mayor atención por parte de los geógrafos culturales. Los geógrafos culturales tradicionales, haciendo uso del material documental específico del lugar o la observación muy concreta de un campo han tendido, por desgracia, a unificar sus conclusiones y de ese modo y, por regla general, no han tratado la variedad interna de determinadas comunidades. La investigación e interpretación «explícitamente» sociológicas no eran muy bien recibidas. Por regla general, los geógrafos culturales tampoco se han esforzado en relacionar el comportamiento y los resultados que estudiaban con la diferenciación espacial concreta y minuciosamente local.

Sin embargo, si el geógrafo está atento a ese tipo de estructura espacial tan minuciosa puede aplicar las ideas geográficas a problemas culturales difíciles y especialmente a aquellos de la identidad cultural partiendo de una escala global y moviéndose hacia una escala local. Los geógrafos culturales tradicionales ya han hecho esto a gran escala, bien regional o mundial, mientras que por su parte los «nuevos» geógrafos culturales han aportado una gran apreciación de patrones étnicos muy localizados y específicamente urbanos así como de situaciones poscoloniales.

Una aplicación inteligente del pensamiento cultural beneficiaría mucho el análisis ecológico y tecnológico de los problemas ambientales. Los geógrafos culturales continúan haciendo una contribución considerable a esa investigación, especialmente cuando está ayudada por innovaciones técnicas como el SIG (Sistema de Información Geográfica).

Cualesquiera que sean sus asuntos pendientes, la investigación académica que han llevado a cabo los geógrafos culturales se ha expandido y ha hecho más explícitas y metódicas un grupo de interpretaciones que se originaron por primera vez hace ya tiempo, como ya presagiaba la anterior práctica. La adopción explícita de un punto de vista supuso sin embargo una mayor claridad y agudeza en lo que a investigación de problemas geográficos se refiere y las ideas geográficas han arrojado luz sobre los problemas culturales en más de una ocasión. Podemos hacer incluso más, los retos continúan.

APÉNDICE: LA BIBLIOGRAFÍA

Para poder evaluar los logros así como también las potencialidades de la investigación dentro del campo de la geografía cultural a la vez que poder apreciar las diferencias entre los patrones de pensamiento tradicional y «nuevos» el lector debería consultar dos compendios:

1. PHILIP L. WAGNER Y MARVIN W. MIKESELL, (eds.) (1962): *Readings in Cultural Geography*. Chicago: University of Chicago Press y

2. KENNETH L. FOOTE, PETER J. HUGILL, KENT W. MATHEWSON, & JONATHAN M. SMITH (1994): *Re-reading Cultural Geography*. Austin: University of Texas Press.

El artículo de KENT W. MATHEWSON (1996), «High/low, back/center: Culture's stages in human Geography» en Carville Earle, Kent Mathewson & Martin S. Kenzer (eds.) *Concepts in Human Geography*. Latham MD: Rowman and Littlefields, pp. 97-125, ofrece una visión de conjunto de la disciplina en la actualidad.

Entre las publicaciones periódicas, las tres que figuran a continuación nos pueden dar una idea del trabajo que se está realizando en estos momentos: *Ecumene*, *Journal of Cultural Geography* y *Social and Cultural Geography*. (Gracias al Dr. Peter Rowbotham y al Dr. Alfred J. Siemens por su ayuda).